

LA PROTESTA

PRECIO 10 ets.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1587

Valores y giros a A. Barrera

Soluciones para el "mañana"

Terciando en la casi polémica sostenida en estas columnas con algunos camaradas de Europa, desde el órgano de los sindicalistas españoles se ha querido dar una explicación política, económica y psicológica de nuestra diferencia de percepción para apreciar el panorama espiritual del mundo y entrever, en las brumas del horizonte social, los problemas del futuro... Y como se trata de discutir cuestiones del "mañana", que no están al alcance de nuestra vista ni de nuestro brazo, nada más fácil que poner por delante las distancias y encaramarse en el volante del progreso industrial para juzgar desde esas alturas, bajo la acción del vértigo, un problema de ideas: problema del espíritu y de la conciencia del hombre, que no puede buscar soluciones en los imperativos materialistas de la historia.

Con razones históricas, con episodios desfigurados por los políticos que han escrito la leyenda de nuestra civilización y con hechos económicos que sólo valen por su dura materialidad, se quiere ajustar el proceso de las ideas a las exigencias del progreso industrial de las naciones. Si económicamente se acepta todo el absurdo régimen capitalista y sólo se le combate por su condición jurídica y por el denominativo clasista que lo distingue de los otros sistemas conocidos — ¿por qué no se ha de aceptar también la expresión política de ese régimen: el Estado, con sus leyes y su principio de autoridad y justicia? También el desarrollo político de los pueblos, hijo de las necesidades del hombre y natural consecuencia de su evolución intelectual, está justificado en la historia. Y, sin embargo, muy pocos creen que sean eternos los sistemas de gobierno e intangible la autoridad de las castas gobernantes.

Podrán alegar quienes no encuentran otra explicación a nuestra resistencia a aceptar programas reconstructivos en nombre del anarquismo, que las condiciones políticas de América son distintas a las de Europa. Nos traerán a colación los efectos morales y materiales que causó la última guerra en el viejo continente y la espantosa crisis económica derivada de las revoluciones y contrarrevoluciones que epilogaron la devastadora y brutal carnicería de aquellos pueblos. Y agregarán aún que, por efecto de su desarrollo industrial y la potencia adquirida por el capitalismo, Europa no puede hacer otra revolución que la que supone un cambio en el funcionamiento de la enorme máquina económica alimentada con el sangre de millones de esclavos.

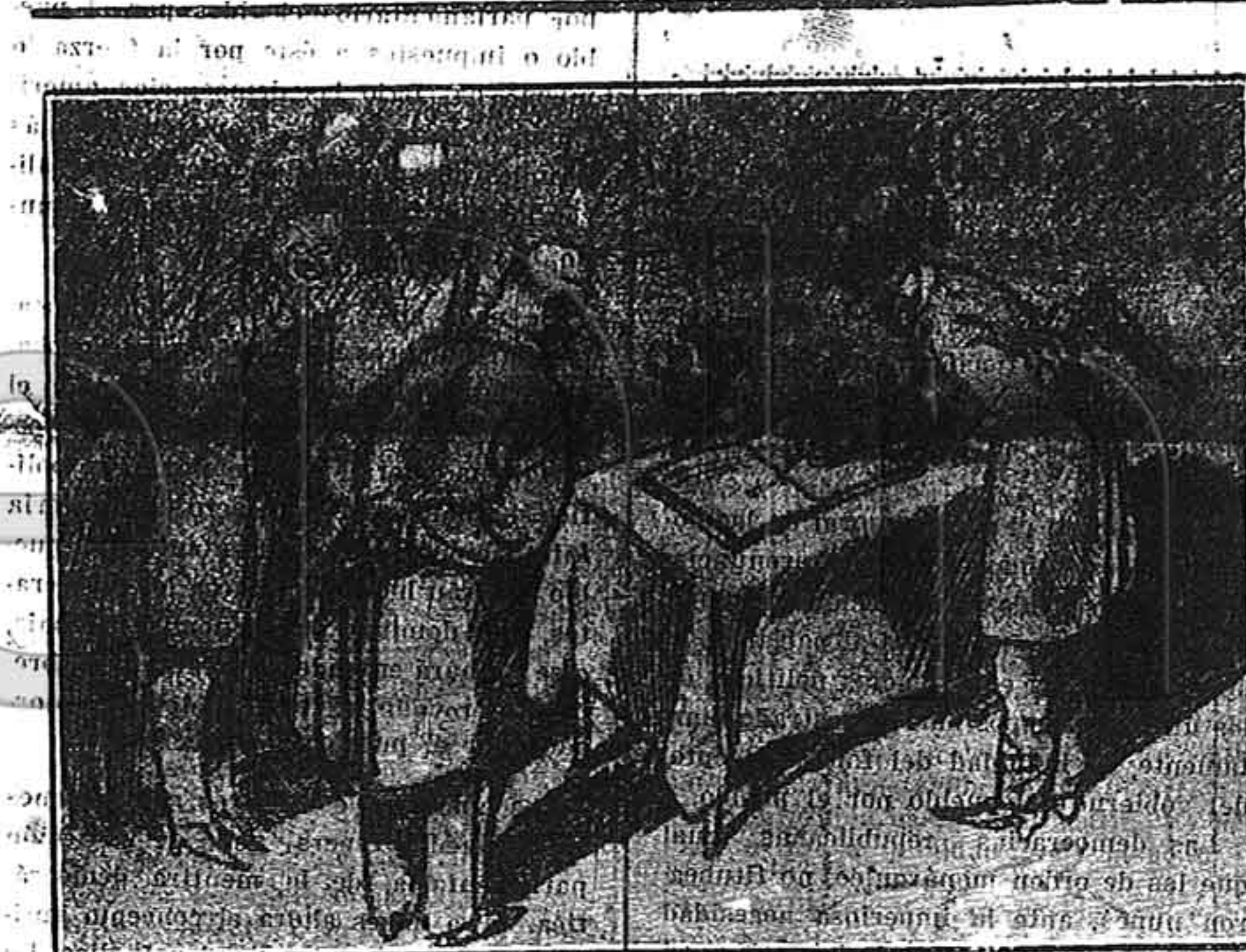
He ahí un cúmulo de razones históricas, económicas y psicológicas. Pero, el movimiento anarquista, que se inspira en una idea universal de solidaridad y justicia, está en realidad sujeto a esas diferencias económicas señaladas por el capitalismo y depende su desarrollo y sus posibilidades de realización — de

la capacidad industrial de cada país? Es el capitalismo, con su desarrollo materialista, con su tendencia centralizadora y con su poder financiero, el que nos da la medida de la capacidad subversiva del proletariado y de su comprensión de los problemas del "mañana"?

La capacidad técnica del proletariado, para manejar las máquinas y para dirigir las industrias sin necesidad de los patronos y capataces que hoy las regentan, es una aptitud independiente de la concepción moral de cada individuo y de la capacidad de los pueblos para interpretar los verdaderos problemas de la revolución social. Esa diferencia de aptitudes, de "tecnicismo", es obra del desarrollo capitalista, responde a las exigencias industriales de cada país. Pero existe una equivalencia de estructuras y

bién va creando dentro del viejo cascarón de la sociedad burguesa la sociedad del futuro.

Si el objetivo sindicalista no fuera puramente económico — si existiera una fuerza espiritual independiente de esas realidades materialistas — la declaración I. W. W. supondría un anhelo revolucionario e interpretaría un grado superior de conciencia colectiva. Pero el sindicalismo sigue el proceso de centralización capitalista, se conforma a los órganos económicos de la burguesía y trata de ajustar su estructura como organización de clase a las necesidades creadas por el desarrollo industrial de las naciones. Quiere decir, pues, que las aptitudes técnicas y la capacidad productiva de los trabajadores marchan en relación con el progreso material y se ajustan a las



Cómo se firman los tratados de paz

también de capacidades — entre los obreros industriales y los trabajadores agrícolas, entre el proletariado de la ciudad y el de la campaña. Por otra parte, aún suponiendo que el proletariado de los centros industriales esté más capacitado para la vida moderna, pueden bastarse a sí mismos los obreros de la ciudad? He ahí, pues, la falla de todas esas preocupaciones por el "mañana", que se basan en hechos de "hoy". Hechos que están sujetos al determinismo de todo el absurdo proceso de las organizaciones capitalistas.

El afán de pretijar el proceso de la revolución según un determinado programa político y económico, lleva a muchos compañeros al lindero del campo reformista. Porque en realidad, hacen labor reformista y legislan en el presente, los problemas del futuro, quienes hacen de las organizaciones proletarias órganos de reconstrucción económica: el instrumento de lucha que según la expresión de los I. W. W. no sólo sirve de arma para la defensa del proletariado, sino que tam-

bién va creando dentro del viejo cascarón de la sociedad burguesa la sociedad del futuro. Si el objetivo sindicalista no fuera puramente económico — si existiera una fuerza espiritual independiente de esas realidades materialistas — la declaración I. W. W. supondría un anhelo revolucionario e interpretaría un grado superior de conciencia colectiva. Pero el sindicalismo sigue el proceso de centralización capitalista, se conforma a los órganos económicos de la burguesía y trata de ajustar su estructura como organización de clase a las necesidades creadas por el desarrollo industrial de las naciones. Quiere decir, pues, que las aptitudes técnicas y la capacidad productiva de los trabajadores marchan en relación con el progreso material y se ajustan a las

condiciones económicas impuestas por el capitalismo; pero no existe una equivalencia espiritual capaz de contrarrestar la influencia del medio, siendo evidente la inferioridad del proletariado como conjunto humano que tiene una misión que cumplir en la diaria batalla contra los prejuicios políticos, religiosos y sociales. Un pueblo apto para la vida moderna, con capacidad técnica para poner en movimiento la complicada máquina capitalista, pero moralmente incapaz de comprender los problemas de la revolución, cumple su cometido con expropiar a los actuales amos y nombrar de su seno a los nuevos directores de las industrias, de las finanzas y de la política? Es suficiente el arma económica para vencer la reacción, dar fin a la injusticia social y poner a los productores en posesión de los medios de trabajo, de producción y de consumo? No es un hecho que no necesita profundos estudios, la existencia de fuerzas reaccionarias y conservadoras dentro de la misma clase trabajadora? Casi se podría afirmar que la re-

acción es de naturaleza popular: que se alimenta con la inconsciencia de las masas y triunfa gracias a la incapacidad de los pueblos para comprender su misión y dirigirse en el tortuoso sendero de la vida.

Cada vez que un anarquista o un sindicalista revolucionario, no encontrando en sí mismo suficientes valores ideológicos, se empeña en buscar en la realidad social los materiales que necesita para construir un programa de futuro, son las ideas anarquistas las que salen maltruchas de esa búsqueda en el desván de los trastos inútiles. Y no es que el anarquismo no resista esa pretendida revisión ideológica. Simplemente, porque se busca en hechos económicos la solución de problemas morales, fracasa el empeño de esos anarquistas, que creen posible la reconciliación del ideal libertario con las remozadas tendencias dictatoriales del marxismo. Y el contraste entre el pensamiento y los simples apetitos es tan evidente como antagónica es la idea de libertad y el interés económico que impulsa a las masas a esa lucha sin objetivos altruistas y solidarios.

Hombres de actuación en el movimiento obrero, a pesar de querer ajustar su conducta a los principios anarquistas, llevan un tacito ataque a los fundamentos ideológicos y morales del anarquismo, alegando la necesidad de ponerse a tono con las exigencias del actual momento histórico. Nos dicen, por ejemplo, que el anarquismo debe adoptar un programa revolucionario y abarcar en su acción los problemas del "mañana". Y achacan todos los fracasos del proletariado, las vacilaciones y las cobardías de los pueblos y el origen del recrudescimiento de la violencia estatal, a esa incapacidad del anarquismo para explicar los hechos del presente y los misterios del futuro.

En el órgano de los sindicalistas españoles, un camarada enamorado de las posibilidades sindicalistas y ferviente adorador del mito "dictadura del proletariado", reclamaba hace poco la necesidad imperiosa de fijar una posición política económica a la Confederación Nacional del Trabajo de España. Y eso se reclamaba después del cuartelazo de Primo de Rivera, posiblemente porque ese hecho de fuerza dio al citado camarada la medida de la impotencia espiritual del proletariado español.

Todo el concepto histórico del movimiento proletario, para el referido camarada, parece encerrarse en este malogrado deseo: la C. N. del T. persiguió el mismo objetivo que ha impulsado a los militares. Quiere decir, pues, que los sindicalistas se preparaban para tomar el poder en sus manos y sólo necesitaban un programa revolucionario capaz de abarcar los problemas de "hoy" y de "mañana".

Consciente con ese propósito que llamáramos político a la política, es el arte de gobernar a los pueblos — el reflejo sindicalista dice que — estamos ahora sin un plan delineado para ser una solución y una garantía y sin fuerza para im-

La organización era casi idéntica a la actual *Confédération Générale du Travail* (27) francesa: la sección o sociedad de resistencia correspondía al sindicato; la federación local a la *Bourse de Travail*, la Unión a la federación nacional de grupos de oficios afines. En el manifiesto que publicó el congreso de Sevilla se lee en un pasaje: "Inspirados por el espíritu anarquista — tenemos... etc." y la conclusión del manifiesto dice: "La Federación de los Trabajadores de la Región Española tiene por fin la asociación de los trabajadores españoles para luchar solidariamente con sus hermanos de otras regiones contra los monopolistas del capital y de la propiedad, lucha que debe conducir a la emancipación completa del trabajo".

Las masas obreras llegaron directamente en España del federalismo republicano de las ideas de Pi y Marrañal por el federalismo colectivista de la Internacional bakuninista, hasta el anarquismo — sin que hayan sido detenidos por los principios del social-democratismo político y centralista.

Por consiguiente, tampoco en el congreso de Sevilla estaban las ideas suficientemente aclaradas. Pues se confundían todavía entre sí el comunismo (la interpretación de que la comuna será la unidad organizadora de la sociedad libre del porvenir) con lo que hoy llamamos sindicalismo, pero que entonces todavía no tenía nombre, la interpretación de que la federación de los sindicatos será la organización básica del futuro. Bajo el aspecto económico casi todo el movimiento estaba todavía en el principio del colectivismo. Pero aquí fué defendida por un obrero que vive aún en Sevilla, Miguel Rubio, el comunismo como armonizable en absoluto con el anarquismo. Desde entonces se trabó la lucha entre anarquistas colectivistas y anarquistas comunistas — hasta que los colectivistas desaparecieron poco a poco y todos los anarquistas españoles se designaron comunistas.

En el tiempo de la Internacional los marxistas eran "comunistas autoritarios" y los bakuninistas eran colectivistas. Por eso el anarquismo se tenía por inarmonizable con el comunismo. Colectivistas y comunistas querían ambos la posesión de la tierra, de las minas, de los medios de producción y de comunicación por los trabajadores, pero la fórmula comunista del consumo dice: "de cada uno según sus capacidades; a cada uno según sus necesidades"; o en otras palabras: "propiedad común también de los productos"; la fórmula colectivista decía: "A cada uno el producto íntegro de su trabajo", es decir, comunismo en los medios de producción, pero propiedad privada en los productos.

La evolución hizo que socialistas autoritarios y antiautoritarios cambiaran su posición como en el *Chassé-croisé* de un rigodón. Hoy sucede lo contrario, los social-demócratas son colectivistas y los anarquistas comunistas. Los social-demócratas evolucionaron al revés, pues la interpretación económica del comunismo es un progreso; ya que en la situación actual de la industria ramificada, del maquinismo y de la división del trabajo es imposible determinar exactamente la parte del trabajo de cada uno para hablar del producto íntegro del trabajo. Pero indudablemente la condición básica del comunismo anarquista es una rica y abundante producción, — que se hará siempre más y más posible por la evolución de los instrumentos de trabajo.

Pero los comunistas como los colectivistas defendían como fundamento de la futura organización los grupos de oficio, es decir, los sindicatos.

Al mismo tiempo que el congreso de Sevilla de 1882, fué celebrado el congreso especial de la Unión de Trabajadores del Campo de España, en el que estuvieron representadas 105 secciones con 20.916 miembros. El espíritu de esa Unión, que estaba adherida igualmente a la Federación Regional, era declaradamente anarquista, sindical, mejor, sindicalista (bien que colectivista). En el protocolo que publicó después este congreso se lee literalmente en el último capítulo:

"Una organización obrera puede componerse únicamente de sindicatos, pues en los grupos profesionales se encuentra poca diferencia intelectual entre los miembros, lo que hace imposible que algunos

ejercen un influjo demastado, grande. La igualdad del trabajo, del salario, de la lucha común que se afirma en la huelga es el lazo más positivo que nos une. Pero la organización obrera no se limita a la consecución de un salario más alto y de una jornada más corta por medio de la huelga — pues su objetivo final debe ser la elevación del proletariado como tal y la realización de una sociedad de productores libres en la cual cada uno reciba el producto de su trabajo". Estas son cosas que no quedan en segundo lugar ante lo que dicen los sindicalistas actuales...

En la España meridional no hay campesinos ni aldeas propiamente dichas. La región pertenece a algunos ricos latifundistas y es trabajada por jornaleros que viven en pequeñas ciudades. El alcalde de esas pequeñas ciudades campesinas es también a menudo un jornalero. Van por la mañana al trabajo con su blusa azul, como los demás trabajadores, de los que se distinguen sólo por el salario insignificante. No recibe más de 50 a 60, a lo sumo a 75 céntimos diarios.

Esto nos explica por qué hubo en Andalucía desde hace tanto tiempo un movimiento sindical y anarquista tan fuerte entre los campesinos. El hecho es que en esa época, — 1881, '82 y '83 — sucedían de tanto en tanto actos terroristas agrarios, las cosechas de los explotadores agrarios eran algunas veces incendiadas; en períodos de gran miseria eran robados frutos y vacas, pero los ejecutores de esos actos no fueron nunca sorprendidos. Las huelgas agrarias se hicieron muy sensibles para los propietarios también, y éstos decidieron tentar un golpe para aniquilar a los jornaleros.

No tenían ningún argumento legal contra la sociedad, pública y legalmente constituida, y por eso descubrieron la famosa conspiración de la *Mano Negra*, que nunca existió y que nació sencillamente de la imaginación de la guardia civil y de los jueces.

Un capitán de la guardia civil de Jerez, Montforte, "encontró" bajo una piedra en el campo los estatutos secretos de la *Mano Negra* envueltos en otros varios "papeles comprometedores", que declaraban como objetivo el robo, el asesinato y el incendio.

Un golpe mortal ordinario a un trabajador por su primo, que casualmente era miembro de la Federación de los Campesinos dió el pretexto para los procedimientos. Se arrestó a más de cien personas. Se enviaron artículos a toda la prensa del mundo sobre los descubrimientos de la *Mano Negra*, aceptados por los lectores creyentes. Con ayuda de los más terribles tormentos — que tan sólo se conocieron veinte años después — se obtuvieron todas las confesiones deseadas. Los detenidos eran sólo miembros de la Federación Regional de Trabajadores, que fué identificada con la *Mano Negra*. El sistema de la acusación era que el trabajador muerto en la rifa había sido condenado a muerte por el "tribunal secreto" de la *Mano Negra*, que presidían el campesino Corbacho y el maestro Juan Ruiz. Toda la acusación se apoyaba en las confesiones de los acusados mediante los tormentos — así fueron sentenciados a muerte ocho acusados por los jurados de Jerez. Entre los ajusticiados estaban F. Corbacho, presidente de la Unión de Trabajadores del Campo, y Juan Ruiz, secretario. Este había tomado parte en el congreso de la Federación Regional de Sevilla como delegado por Jerez.

Los procesos americanos en Chicago, de 1886, y contra Haywood, Meyer, 25 años después, son sólo pálidas copias de este modelo español de cómo se destruye un movimiento sindical. Fueron los primeros mártires de la lucha de clase de los trabajadores contra los capitalistas — mártires precursores del sindicalismo.

Este proceso no fué el único, pues luego se decretó por el "liberal" gobernador de Cádiz para todo el territorio agrario de la provincia la siguiente ordenanza: "Para todos los daños e incendios cuyas causas no puedan ser indicadas, se considerará responsables a los miembros del comité local de la llamada "Federación de Trabajadores".

En los procesos posteriores contra la *Mano Negra*, con la que se asistió al mundo entero, funcionó siempre la tortura y

con motivo de las confesiones que se obtenían, fué sentenciado, un gran número de personas a trabajos forzados para toda la vida en las colonias africanas. La verdad fué mantenida tan oculta, que hasta los obreros anarquistas de las otras regiones creían en la existencia de la *Mano Negra*. (Continuad)

(23) Tales fueron las injurias y las calumnias de Engels contra los revolucionarios españoles que James Guillaume se vio en la necesidad de defenderlos desde el Boletín de la Internacional jurastana; el 9 de noviembre comienza un artículo del Boletín con estas palabras: El Volkstaat continúa su obra de desmoralización y de calumnia. Acaba de publicar dos artículos del señor Engels, sobre la insurrección en España, artículos destinados a engañar a los obreros españoles y a ridiculizarlos. Los obreros españoles, según el señor Engels, son cabalges e imbeciles; los unos no se atrevieron a batirse, y los otros no supieron, y relata a su vez los acontecimientos de Alcoy, de Córdoba, de Sevilla, de Oádiz, de San Lucas, etc., vertiendo a manos llenas la hiel y la injuria. ¡Por qué! porque los obreros españoles han pronunciado, como los de casi toda Europa, la decadencia del Consejo general de New York y han rechazado las resoluciones de La Haya. El rencor personal del señor Engels es tan violento sobre este asunto que le hace perder todo pudor y dignidad también, toda prudencia; arroja la máscara, se deleita en relatar las victorias de la reacción y las derrotas de los revolucionarios, triunfa vicinosa a los obreros españoles que se habían atrevido a rebelarse contra Marx, castigados y fusilados como se merecen por los sicarios de la burguesía. Es preciso haber leído estas páginas increíbles para saber hasta qué grado de abie-

rración moral pueden llevar a un hombre el odio y el espíritu de venganza. — (N. de R.)

(24) El general Pavia, refiriéndose a los defensores de Sevilla, un grupo de unos doscientos internacionalistas, dijo que se habían "batido como leones". — (N. de R.)

(25) Aquí se produjo la intervención de los internacionalistas en la lucha debido a que había presos algunos miembros de la Internacional, y los obreros de Valencia creían que sus compañeros recobrarían la libertad si triunfaban los comunistas intransigentes (N. de R.)

(26) En Alcoy la acción y la responsabilidad correspondió a los internacionalistas. La sede de la Comisión de Correspondencia de la organización española estaba allí a cargo de Albarracín y de Tomas. Los obreros declararon la huelga, y la Municipalidad hizo tirar sobre ellos, lo que produjo la insurrección; después de una lucha encarnizada se adueñaron de la ciudad. La prensa burguesa reclamaba medidas contra los insurrectos y Pi y Margall, entonces presidente de la República, prefirió presentar su dimisión antes que mancharse de sangre. Contra Alcoy se envió un ejército de 6.000 hombres. Los obreros obtuvieron sin embargo plena satisfacción a sus demandas: En tanto que ocurrían estos acontecimientos, Bakunin ardía en deseos de correr a España; con ese fin envió a Malatesta a Bartelta en busca de dinero; pero Malatesta fué detenido y la idea de Bakunin de mezclarse a la lucha de los revolucionarios españoles fué frustrada por segunda y última vez. (N. de R.)

(27) Como se ve, el autor habla de la época de Pelloutier; hoy la G. G. T. francesa es casi una dependencia gubernamental (N. de R.)



EL IDILIO DE LA PAZ